

**Fred Vargas**

**Cuando sale la reclusa**

Traducción del francés de  
Anne-Hélène Suárez Girard

 **Siruela**

Biblioteca Fred Vargas

# I

Sentado en una roca de la escollera del puerto, Adamsberg contemplaba a los marineros de Grímsey que volvían de la pesca diaria amarrar e izar las redes. Allí, en esa pequeña isla de Islandia, lo llamaban Berg. Viento marino, 11 °C, sol borroso y hedor de los residuos de pescado. Había olvidado que, tiempo atrás, había sido comisario, al mando de los veintisiete agentes de la Brigada Criminal del distrito 13 de París. El teléfono se le había caído en los excrementos de una oveja y el animal lo había hundido de un certero golpe de pezuña, sin agresividad, lo cual constituía una manera inédita de perder el móvil, y Adamsberg la había apreciado en su justo valor.

Gunnlaugur, el dueño de la pequeña posada, también estaba llegando al puerto, dispuesto a seleccionar las mejores piezas para la cena. Sonriente, Adamsberg lo saludó con una seña. Pero Gunnlaugur no tenía cara de estar en uno de sus días buenos. Fue directamente hacia él, obviando el inicio de la subasta, con el rubio entrecejo fruncido, y le dio un mensaje.

— *Fyrir þig* [Para ti] —le dijo, señalándolo con el dedo.

— *Ég?* [¿Yo?].

Adamsberg, incapaz de memorizar siquiera los rudimentos más básicos de cualquier lengua extranjera, había adquirido aquí, de forma inexplicable, un bagaje de unas setenta palabras, y en diecisiete días. Con él se expresaba de la manera más simple posible, con muchos gestos.

De París, ese papel tenía que venir de París. Lo llamaban para que volviera, seguro. Sintió una rabia triste y meneó la cabeza en señal de rechazo, volviéndose hacia el mar. Gunnlaugur insistió, desplegando la hoja y deslizándosela entre los dedos.

MUJER ATROPELLADA. UN MARIDO, UN AMANTE.

ES COMPLICADO. SE REQUIERE SU PRESENCIA.

INFORMAREMOS.

Adamsberg bajó la cabeza, su mano se abrió y dejó escapar la hoja al viento. ¿París? ¿Cómo que París? ¿París? ¿Dónde estaba eso?

—*Dauður maður?* [¿Un muerto?] —preguntó Gunnlaugur.

—*Já* [Sí].

—*Ertu að fara, Berg? Ertu að fara?* [¿Te vas, Berg? ¿Te vas?].

Adamsberg se puso en pie con esfuerzo y levantó la mirada hacia el sol blanco.

—*Nei* [No] —dijo.

—*Jú, Berg* [Sí que te vas, Berg] —suspiró Gunnlaugur.

—*Já* [Sí] —admitió Adamsberg.

Gunnlaugur le sacudió el hombro, atrayéndolo hacia sí.

—*Drekka, borða* [Beber, comer] —dijo.

—*Já* [Sí].

El choque de las ruedas del avión contra la pista de aterrizaje de Roissy-Charles de Gaulle le produjo una súbita migraña (hacia años que no tenía una tan fuerte) y a la vez le parecía como si le estuvieran dando una paliza. Era el regreso, el ataque de París, la gran ciudad de piedra. A no ser que fueran las copas tomadas el día anterior para celebrar su despedida, allá en la posada. Y era *brennivín*.

Una mirada furtiva a través de la ventanilla. No bajar, no ir.

Ya no había vuelta atrás. «Se requiere su presencia».

## II

El martes, 31 de mayo, dieciséis agentes de la brigada llevaban desde las nueve instalados en la sala de reuniones, preparados y dispuestos, con ordenadores, expedientes y cafés, para presentarle al comisario el desarrollo de los acontecimientos con los que habían tenido que lidiar durante su ausencia, dirigidos por los comandantes Mordent y Danglard. El equipo expresaba con distensión y parloteo espontáneo la satisfacción de volver a verlo, de ver su rostro y su aspecto, sin preguntarse si su estancia en el norte de Islandia, en la pequeña isla de brumas y aguas turbulentas, había alterado o no su trayectoria. Y, en caso de que sí, poco importaba, pensaba el teniente Veyrenc, que, al igual que el comisario, había crecido entre las piedras de los Pirineos y lo comprendía sin dificultad. Sabía que, con el comisario al mando, la brigada se parecía más a un gran velero —que tan pronto singla viento en popa como flota *in situ* con el velamen arriado— que a un potente fueraborda que levantara torrentes de espuma.

Al contrario, el comandante Danglard siempre albergaba algún temor. Escrutaba el horizonte en busca de todo tipo de amenazas, complicándose la vida con las asperezas de sus recelos. Cuando Adamsberg se marchó a Islandia, tras una investigación agotadora, ya le había ganado el desasosiego. Que un espíritu corriente y simplemente derrengado se fuera a descansar a un país brumoso le parecía una elección juiciosa

(más oportuno que correr hacia el sol del sur, donde la luz cruel avivaba el más mínimo relieve y el menor ángulo de una gravilla, lo cual no resultaba relajante en absoluto). Sin embargo, que un espíritu brumoso se fuera a un país brumoso le parecía, en cambio, peligroso y grávido de consecuencias. Danglard temía repercusiones difíciles, quizá irreversibles. Había considerado seriamente que, por efecto de una fusión química entre las brumas de un ser y las de un territorio, Adamsberg pudiera acabar engullido en Islandia y no volviera jamás. El anuncio del regreso del comisario a París lo había apaciguado un poco. No obstante, cuando Adamsberg entró en la sala con su andar de siempre un poco tambaleante, sonriendo a cada uno y estrechando manos, las inquietudes de Danglard se reavivaron enseguida. Más ventoso y ondulante que nunca, con la mirada inconsistente y la sonrisa vaga, el comisario parecía haber perdido la precisión que pese a todo estructuraba su proceder como jalones espaciados pero tranquilizadores. Deshuesado, desvertebrado, juzgó Danglard. Divertido, todavía húmedo, pensó el teniente Veyrenc.

El joven cabo Estalère, especialista en el ritual del café, que realizaba sin un solo error —su único ámbito de excelencia, según la mayoría de sus colegas—, sirvió enseguida al comisario, con la cantidad adecuada de azúcar.

—Vamos allá —dijo Adamsberg. Su voz era suave y lejana, relajada de más para alguien que se enfrenta a la muerte de una mujer de treinta y siete años, atropellada dos veces bajo las ruedas de un 4×4 que le había aplastado el cuello y las piernas.

Había sucedido tres días antes, el sábado anterior por la noche, en la calle Château-des-Rentiers<sup>1</sup>. ¿Qué castillo? ¿Qué rentistas?, se preguntó Danglard. Ya nadie lo sabía y ahora el nombre resultaba curioso en ese sector sur del distrito 13.

<sup>1</sup> Castillo (o Mansión) de los Rentistas, nombre de una vía antiguamente perteneciente a Ivry-sur-Seine y absorbida por el Ayuntamiento de París en 1860, cercana al Periférico Sur. (*Todas las notas son de la traductora*).

Se prometió a sí mismo buscar el origen, ya que ningún conocimiento le parecía superfluo a la mente enciclopédica del comandante.

—¿Ha leído el expediente que le enviamos al aeropuerto de Reikiavik? —preguntó el comandante Mordent.

—Por supuesto —dijo Adamsberg, encogiéndose de hombros.

Y, sí, lo había leído durante el vuelo Reikiavik-París. Sin embargo, en realidad, no había sido capaz de fijar en él su atención. Sabía que la mujer, Laure Carvin —preciosa, había observado—, había sido asesinada por el 4×4 entre las 22:10 y las 22:15. La precisión de la hora del crimen se debía a la gran regularidad en el modo de vida de la víctima. Vendía ropa para niños en una lujosa tienda del distrito 15, de dos a siete y media de la tarde. Después se dedicaba a la contabilidad y cerraba la tienda a las nueve cuarenta. Cruzaba la calle Château-des-Rentiers todos los días a la misma hora, en el mismo semáforo, muy cerca de su casa. Estaba casada con un tipo rico, un tipo que había «triunfado», pero Adamsberg no recordaba ni su oficio ni su cuenta bancaria. El 4×4 del marido, del rico —¿cómo se llamaba?—, era el vehículo que había atropellado a la mujer, no cabía la menor duda. Todavía había sangre adherida a los surcos de los neumáticos y las alas de la carrocería. La noche misma del día de autos, Mordent y Justin habían seguido la pista de las mortíferas ruedas con un perro de la brigada canina. El perro los había llevado directos al pequeño *parking* de un salón de videojuegos, a trescientos metros del escenario del crimen. De naturaleza un tanto histérica, el perro había reclamado gran cantidad de caricias como recompensa por su hazaña.

El dueño del lugar conocía bien al propietario del vehículo ensangrentado —un habitual que visitaba su sala todos los sábados por la noche, de nueve a doce—. Cuando la suerte le daba la espalda, podía quedarse luchando con la máquina hasta el cierre, a las dos de la madrugada. Les había señalado al hombre, trajeado y con la corbata aflojada, que destacaba en

medio de tipos con capucha y cerveza. El hombre se debatía furiosamente con una pantalla donde unas criaturas titánicas y cadavéricas se precipitaban sobre él, y él tenía que aniquilarlas con metralleta para abrirse camino hacia la Montaña espiralada del Rey negro. Cuando los agentes de la brigada lo habían interrumpido poniéndole una mano en el hombro, él había sacudido febrilmente la cabeza sin soltar los mandos y había gritado que no se pararía ni en broma a cuarenta y siete mil seiscientos cincuenta y dos puntos, a punto de alcanzar el nivel de la Ruta de Bronce, jamás. Alzando la voz entre el estrépito de las máquinas y los gritos de los clientes, el comandante Mordent había conseguido, no sin dificultad, que oyera que su mujer acababa de morir, atropellada a trescientos metros de allí. El hombre se había medio derrumbado sobre el cuadro de mandos, torpedeando la partida. La pantalla anunció con música: «Adiós. Has perdido».

—Entonces, según el marido —dijo Adamsberg—, no había salido del salón de juegos. ¿Es así?

—Si ha leído usted el informe... —empezó a decir Mordent.

—Prefiero escuchar a leer —interrumpió Adamsberg.

—Así es. Dice que no se movió de la sala.

—Y ¿cómo explica que sea su propio coche el que esté ensangrentado?

—Por la existencia de un amante de la mujer. El amante, conocedor de las costumbres del marido, habría tomado prestado su coche, atropellado a la mujer y vuelto a aparcar el vehículo en el mismo sitio.

—¿Para hacer que lo acusen?

—Sí, porque la policía siempre acusa al marido.

—¿Cómo estaba?

—¿El qué?

—¿Sus reacciones?

—Aturdido, más conmocionado que triste. Se repuso un poco cuando lo trajimos a la brigada. Estaba pensando en divorciarse.

—¿Por el amante?

—No —dijo Noël con un deje de desprecio—. Porque a un hombre como él, a un abogado que ha llegado tan alto, le molestaba tener una esposa de clase baja. Es lo que se trasluce de su discurso, leyendo entre líneas.

—Y a su mujer —añadió el rubio Justin— la humillaba verse excluida de todos los cócteles y cenas que daba en su gabinete del distrito 7 para sus amistades y clientes. Ella deseaba que la llevara y él se negaba. Frecuentes disputas. La mujer habría «desentonado», dijo él; «no pegaba nada en ese ambiente». Así es el tío.

—Menudo impresentable —dijo Noël.

—Se vino arriba —precisó Voisenet— y se defendió como si hubiera estado acorralado en la calle del Presidio de su videojuego. Se puso a emplear términos cada vez más complicados, o incomprensibles.

—Su estrategia es simple —señaló Mordent.

Y, estirando a sacudidas su largo y delgado cuello, sin haber perdido nada en esas dos semanas de su estampa de vieja ave zancuda cansada de los sinsabores de la existencia, añadió:

—Apuesta por el contraste entre él mismo, el abogado mercantil y el amante.

—¿Quién es?

—Un árabe, como quiso recalcar de entrada, un mecánico de máquinas distribuidoras de bebidas. Vive en el edificio contiguo. Nassim Bouzid, argelino nacido en Francia, tiene mujer y dos hijos.

Aunque Adamsberg vaciló, no dijo nada. Le daba vergüenza preguntar a sus hombres cómo se había desarrollado el interrogatorio de Nassim Bouzid, que sin duda debía de estar registrado en el informe. Sin embargo, sobre ese hombre, no recordaba nada.

—¿Qué impresión os dio? —aventuró pidiendo con una seña otro café a Estalère.

—Es un tío guapo —contestó la teniente Hélène Froissy orientando hacia Adamsberg su pantalla con la foto de un



triste Nassim Bouzid—: largas pestañas, ojos color miel que parecen maquillados, dientes muy blancos y una sonrisa encantadora. Lo quieren mucho en su edificio, donde lo emplean como manitas: Nassim cambia las bombillas, Nassim arregla las fugas de agua. Nassim nunca dice que no.

—Lo que le lleva al marido a deducir que es un ser débil y servil —intervino Voisenet— que ha salido de la nada y no ha llegado a ninguna parte, según sus palabras.

—Vaya impresentable —repitió Noël.

—¿Está celoso el marido? —preguntó Adamsberg, que había empezado a tomar algunas notas con indolencia.

—Él dice que no —contestó Froissy—. Considera despreciable esa relación, pero le viene de perlas para divorciarse.

—¿Y bien? —preguntó Adamsberg volviéndose hacia Mordent—. Hablaba usted de estrategia, comandante.

—Él da por sentados los instintos de los policías. En general le parecemos incultos, racistas y estereotipados (entre un abogado acomodado, de lenguaje refinado hasta el punto de ser ininteligible, y un chapuzas árabe, un policía apostará por el árabe).

—¿Cuáles son sus palabras, esas palabras tan sofisticadas e incomprensibles?

—No sabría decirle —contestó Voisenet—, puesto que no le entendí. Palabras como «apercepción» o, espere, «hetero...», «heterónimo».

»¿“Heterónimo” tiene que ver con una desviación sexual? —preguntó Voisenet—. Lo dijo refiriéndose al amante.

Todas las miradas se volvieron hacia Danglard pidiendo socorro.

—No, con el hecho de no ser autónomo. Valdría la pena darle una lección con sus propias armas.

—Cuento con usted, comandante —contestó Adamsberg.

—A su disposición —dijo Danglard con cierto júbilo ante la idea.

Y, por un instante, se olvidó de la preocupante frialdad de Adamsberg y de su actual falta de profesionalidad. Estaba cla-

ro que el comisario recordaba muy poco del informe que él había redactado con tanto cuidado.

—Cita mucho también —añadió Mercadet, emergiendo de una de sus fases de somnolencia.

Mercadet, el brillantísimo informático de la brigada, muy poco por detrás de Hélène Froissy, era hipersomniaco y todos, sin excepción, respetaban e incluso protegían la discapacidad de su colega. Si el hecho llegara a los oídos del subdirector, a Mercadet lo despedirían de inmediato. ¿Qué se podía hacer con un policía al que cada tres horas lo abatía un sueño irreprimible?

—Y el señor Carvin espera que reaccionemos a sus dichas citas —prosiguió Mercadet—, que digamos de qué autor son, por ejemplo. Disfruta con nuestra ignorancia, se divierte machacándonos, no cabe la menor duda de ello.

—¿Por ejemplo?

—Esta —dijo Justin abriendo su libreta—. También con referencia a Nassim Bouzid: «Por eso los hombres no huyen tanto de ser engañados como de ser perjudicados mediante el engaño»<sup>2</sup>.

Hubo una nueva espera de alguna precisión por parte de Danglard que lavara las repetidas humillaciones del abogado, pero el comandante consideró más delicado abstenerse de citar el autor, situándose así al mismo nivel de ignorancia que el conjunto de la brigada. Aunque no comprendieron su pudor, perdonaron a Danglard, ya que a nadie se le podía pedir, por muy asombrosa que fuera su erudición, que conociera todas las frases de la literatura.

—Lo que significa —retomó Mordent— que nuestro abogado Carvin es tan amable de proporcionarnos un móvil de asesinato para Bouzid (matar a su amante para rehuir el perjuicio de su adulterio y evitar la ruptura de su familia).

—Y ¿de quién es la frase, comandante Danglard? —pre-

<sup>2</sup> Friedrich Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1990, pág. 25.

guntó Estalère, haciendo pedazos la reserva general con su incurable importunidad, o su persistente necesidad, según algunos.

—De Nietzsche —acabó contestando Danglard.

—Y ¿es un tipo importante?

—Mucho.

Adamsberg estuvo garabateando un rato mientras se preguntaba, como tantas otras veces, qué misterio abismal presidía la fenomenal memoria de Danglard.

—¿Ah, sí? —contestó Estalère, estupefacto, con sus grandes ojos verdes desmesuradamente abiertos.

Hay que decir que Estalère tenía siempre los grandes ojos verdes desmesuradamente abiertos, como en constante e ilimitado asombro ante la vida. Y sin duda tenía razón, pensaba Adamsberg. Esa mujer ferozmente aplastada, por ejemplo, era como para dejar a cualquiera pasmado, con la mirada abierta a la noche de par en par.

—Porque no hace falta ser muy importante —prosiguió Estalère, muy concentrado— para saber que tenemos los efectos de nuestras mentiras. Si no fuera por eso, no sería tan grave la cosa, ¿verdad?

—Verdad —asintió Adamsberg, siempre fiel a su defensa del joven, cosa que nadie entendía.

Adamsberg levantó el lápiz. Acababa de dibujar la silueta de su amigo Gunnlaugur atento a la subasta en el puerto. Y gaviotas, nubes de gaviotas.

—¿Los pros y los contras? —añadió—, ¿para el uno y para el otro?

—En lo referente al abogado —dijo Mordent—, está la coartada del salón de juegos. Que no vale nada, porque en medio de ese gentío de jugadores ruidosos y apasionados, con los ojos fijos en las pantallas, ¿quién lo vería ausentarse quince minutos? Por otra parte, tiene una cuenta bancaria apabullante. En caso de divorcio, pierde la mitad de los cuatro millones doscientos mil euros que tiene en caja.

—¿Cuatro millones doscientos mil euros? —preguntó el tí-

mido cabo Lamarre, que tomaba la palabra por primera vez—. ¿Cuántos años necesitaríamos para juntar esa cantidad?

—No se rompa la cabeza, Lamarre —dijo Adamsberg levantando una mano tranquilizadora—; se haría daño inútilmente. Prosiga, Mordent.

—Pero aún no tenemos elementos concluyentes contra él. En lo referente a Nassim Bouzid, está en una situación más delicada; hay hechos materiales. En el interior del coche, hemos recogido tres pelos de perro blanco, en la alfombrilla del asiento del copiloto, y un hilo rojo que estaba enganchado al pedal del freno. Según los primeros análisis, se trataría efectivamente del perro de Bouzid. Y el hilo es idéntico a los de la alfombra kilim del comedor de su casa. En cuanto a las llaves del vehículo, pudo coger el duplicado en casa de su amante. Todas las llaves están colgadas en la entrada.

—Y ¿por qué iba a llevarse al perro para ir a matar a su amante? —preguntó Froissy.

—Bouzid está casado. ¿Qué mejor excusa que decirle a su mujer que saca el perro a mear?

—¿Y si el perro ya ha salido? —preguntó Noël.

—No —dijo Mordent—, era la hora del paseo del perro. Bouzid admite sin problemas que salió, pero jura que nunca fue amante de Laure Carvin. Es más, asegura no conocerla siquiera. Si acaso de verla por la calle. Si dice la verdad, implicaría que el abogado Carvin lo habría elegido cuidadosamente como chivo expiatorio. Habría recogido pelos del perro y una fibra de alfombra de su casa (la cerradura se abre con la uña). ¿No le parecen un poco exagerados estos dos detalles?

—Con uno habría bastado —dijo Adamsberg.

—Es típico de seres demasiado orgullosos de su propia inteligencia —intervino Danglerd—. La infatuación los ciega, de modo que juzgan mal a los demás y sus acciones son o bien excesivas o bien insuficientes. Su vara de medir, contrariamente a lo que se imaginan, no es fiable.

—Además —dijo Justin levantando la mano—, Bouzid

asegura que siempre mete al perro en una bolsa cuando coge el coche. Y, efectivamente, no hemos encontrado ningún pelo en su vehículo. Ni de perro ni de alfombra.

—¿Miden lo mismo los dos hombres? —preguntó Adamsberg poniendo el retrato de Gunnlaugur boca abajo sobre la mesa.

—Bouزيد es más bajo.

—Eso lo habría obligado a ajustar el asiento y los retrovisores. ¿En qué posición estaban?

—Para altos. O Bouزيد se acordó de modificar los ajustes cuando volvió, o el abogado los dejó tal cual. Estamos otra vez en las mismas.

—¿Y las huellas dentro del coche? Volante, mandos, puertas...

—¿Has dormido en el avión? —intervino sonriendo Veyrenc.

—Es posible, Veyrenc. Esto apesta.

—No cabe duda; apesta. No avanzamos, no avanzamos.

—Me refiero a que esto apesta de verdad, en esta sala. ¿No oléis nada?

Los agentes levantaron la cabeza todos al mismo tiempo para localizar el olor. «Es curioso», pensó Adamsberg, «que el ser humano alce instintivamente la nariz diez centímetros cuando trata de captar un olor». Como si diez centímetros fueran a cambiar algo. Movidado por este reflejo animal conservado desde la noche de los tiempos, el grupo de agentes recordaba a una familia de gerbillos intentando captar en el viento el olor del depredador.

—Es verdad —dijo Mercadet—, huele un poco a mar.

—Huele a puerto viejo —precisó Adamsberg.

—A mí no me lo parece —opinó Voisenet con bastante firmeza—. Nos ocuparemos de eso más tarde.

—¿Por dónde íbamos?

—Por las huellas —dijo Mordent, que, situado en el extremo de la larga mesa junto a Danglard, no olía nada molesto.

—Ah, sí. Prosiga, comandante.

—Las huellas —reanudó Mordent, con la mirada de garza

recorriendo sus anotaciones con movimientos de cabeza rápidos y bruscos— encajan con ambas versiones. Lo limpiaron todo. O Bouzid, o el abogado para hundir a Bouzid. No hay ni un cabello sobre el reposacabezas.

—No es sencillo —masculló Mercadet, a quien Estalère había servido dos cafés de golpe, bien cargados.

—Por eso nos decidimos a pedirle que regresara con algo de antelación —dijo Danglard.

Así que había sido él, dedujo Adamsberg, el que le había hecho volver con urgencia, arrebatándolo de su dulce columpiar. El comisario observó al adjunto más veterano, arrugando un poco los ojos. Danglard había pasado miedo por él, no cabía duda.

—¿Puedo ver imágenes de los dos hombres? —preguntó.

—Ha visto ya las fotos —dijo Froissy orientando de nuevo su pantalla hacia él.

—Quiero verlos en movimiento, durante los interrogatorios.

—¿En qué momento de los interrogatorios?

—Cualquiera. Puede incluso quitar el sonido. Solo quiero ver sus expresiones.

Danglard se puso tenso. Desde siempre Adamsberg tenía la detestable tendencia de juzgar los rostros, separando en ellos el bien y el mal, cosa que Danglard le reprochaba con fuerza. Adamsberg lo sabía y notó cómo se crispaba su adjunto.

—Lo siento, Danglard —dijo sonriendo de esa manera tan irregular que seducía a los testigos reticentes o desarmaba a veces a sus oponentes—, pero esta vez soy yo quien tiene una cita en mi defensa. Encontré el libro abandonado en una silla, en Reikiavik.

—Dígala a ver.

—Un segundo, que no me la sé de memoria —respondió buscando en sus bolsillos—. Aquí está: «La vida habitual hace el alma y el alma hace la fisionomía».

—Balzac —refunfuñó Danglard.

—Precisamente. Y a usted le gusta, comandante.

Adamsberg ensanchó su sonrisa y dobló la hoja.

—Y ¿en qué libro está? —preguntó Estalère.

—¡Eso no importa un pito, cabo! —exclamó Danglard.

—Era la historia de un cura —dijo Adamsberg acudiendo en defensa de Estalère—, buena persona, no muy listo, y de almas llenas de odio que, al final, acaban con él. Sucedió en Tours, creo.

—¿Cómo se titula?

—No me acuerdo, Estalère.

Decepcionado, Estalère apartó su lápiz. Veneraba a Adamsberg, al igual que a la poderosa teniente Retancourt, su opuesto exacto. Intentaba imitarlo en todo (por ejemplo, leyendo ese libro). En cambio, de forma instintiva, había renunciado a imitar a Retancourt, porque no había hombre ni mujer que pudiera igualarla, y hasta el arrogante Noël había terminado por darse cuenta de ello. Para acabar con la escena, Danglard socorrió al joven.

—Se llama *El cura de Tours*.

—Gracias —dijo agradecido Estalère, apuntándolo a sacudidas, pues era disléxico y no escribía bien—. No se rompió mucho los cuernos Balzac con el título.

—Estalère, no se dice de Balzac que «no se rompió los cuernos».

—Ah, de acuerdo, comandante. No lo diré más.

Adamsberg se giró hacia Froissy.

—Venga, Froissy, a ver qué pinta tienen esos dos. Y, mientras visiono los vídeos, descanso para todo el mundo.

A los diez minutos, solo ante la pantalla, Adamsberg cobró conciencia de que, aparte de las primeras imágenes del abogado Carvin, no había mirado nada, ni se había enterado de nada. El islandés Brestir lo había invitado a ir de pesca con él, bajo la mirada de aprobación de los demás marineros. Un gran honor, no cabía duda, para un extranjero, honor que merecía el antiguo ganador del islote demoniaco, cuyo negro relieve se divisaba a pocos kilómetros del puerto. Habían permitido a Adamsberg ayudar a seleccionar los peces extraídos con la red, echando al mar los ejemplares inmaduros, las hem-

bras con huevas y las especies no comestibles. En el puente resbaladizo, con las manos hundidas en la red, rasguñándose con las escamas, es donde Adamsberg había pasado esos diez minutos. Volvió bruscamente al rostro del abogado Carvin, puso el ordenador en reposo y salió a reunirse con sus subordinados, diseminados por la gran sala de trabajo.

—¿Qué tal? —le preguntó Veyrenc.

—Aún es demasiado pronto para decirlo —contestó, evasivo, Adamsberg—. Tengo que volver a visionarlo.

—Claro —dijo sonriente Veyrenc. Húmedo, resbaladizo, pensó.

Adamsberg indicó por señas a Froissy que volviera a poner el vídeo e interrumpió el gesto.

—Apesta de verdad —dijo—, y es en esta sala.

El comisario, con la nariz levantada diez centímetros, se orientó a través de la sala siguiendo el hilillo de olor nauseabundo y, como el perro de la brigada canina, se detuvo delante del despacho de Voisenet. Él era policía, y muy bueno incluso, pero su vocación frustrada desde la juventud era la de ictiólogo, violentamente prohibida por su padre y a la que se había dedicado en secreto. Ese término, «ictiólogo», Adamsberg había acabado por memorizarlo. Voisenet era un especialista en peces, particularmente en los de agua dulce. Ya estaban todos acostumbrados a ver sobre su mesa toda clase de revistas y artículos sobre el tema, y Adamsberg lo permitía, dentro de ciertos límites. No obstante, era la primera vez que un olor a pescado tan real como fétido se desprendía del territorio de Voisenet. Adamsberg recorrió rápidamente el despacho y sacó de debajo de la silla una gran bolsa de plástico destinada a la congelación. Voisenet, hombre bajito, de piernas cortas, pelo negro revuelto, vientre redondo y mejillas rellenas y rubicundas, se irguió con toda la dignidad que le permitía su silueta. Un hombre ultrajado, injustamente acusado, era lo que indicaba su postura.

—Es personal, comisario —dijo alzando la voz.

Adamsberg arrancó de una sacudida los cierres de la bolsa y la abrió por completo. Se sobresaltó y lo soltó todo, de-



jándolo caer al suelo con un ruido pesado y blando. Hacía años que el comisario no se sobresaltaba. Su naturaleza poco nerviosa, infranerviosa incluso, no lo predisponía a ello. En cambio, en esta ocasión, además del hedor que se desprendía de la bolsa, el horrendo espectáculo lo había sobrecogido (una cabeza animal repugnante de ojos fijos y con fauces enormes armadas de dientes terroríficos).

—¿Qué es esta mierda? —gritó.

—Es mi pescadero... —empezó a decir Voisenet.

—¡No es su pescadero!

—Es una morena del Atlántico de piel veteada —contestó Voisenet, altivo—. Más exactamente, una cabeza de morena con dieciséis centímetros de cuerpo. Y no, no es una mierda, es un magnífico ejemplar macho que llegaba a un metro cincuenta y cinco de largo.

Los arrebatos de ira de Adamsberg eran tan poco habituales que los agentes, impresionados, empezaron a dar vueltas entre murmullos, desfilando todos para ver la bestia, con la nariz tapada, y apartándose rápidamente. Hasta el curtido teniente Noël susurró:

—Por una vez, puede decirse que a la naturaleza le ha salido un churro.

La maciza y robusta Retancourt fue la única en no expresar reacción alguna frente a la repulsiva cabeza, y volvió, impávida, a su puesto de trabajo. Danglard sonreía discretamente, encantado con este estallido que, en su opinión, devolvía brutalmente a Adamsberg al suelo, a la tierra de las emociones vivas. Por su parte, Adamsberg estaba resentido consigo mismo. Lamentaba haberse ido de la isla de Grímsey, lamentaba haberse sobresaltado, haber levantado la voz, lamentaba no interesarse más que vagamente por la atroz muerte de la mujer menuda bajo las ruedas del 4×4.

—Hay que decir que impresiona, una morena —comentó Estalère más estupefacto que nunca.

Voisenet recogió su bolsa. Muy digno.

—Me la llevo a casa —dijo.

Y miró con desdén a sus colegas, como si se tratara de una banda de adversarios obtusos, presos por sus propios prejuicios.

— Buena idea — contestó Adamsberg, casi calmado —. A su mujer le va a encantar el regalo.

— Voy a cocerla en casa de mi madre.

— Muy sensato. Las madres son las únicas que lo perdonan todo.

— Me ha costado cara — reivindicó Voisenet, deseoso de subrayar la importancia de su animal —. Mi pescadero expone a veces piezas excepcionales. Hace un par de meses tenía un pez emperador entero, con su espada de un metro. Espléndido. Pero no me lo pude permitir. Para la morena, me ha hecho una rebaja porque empezaba a descomponerse. No he querido desaprovechar la ocasión.

— Es comprensible — dijo Adamsberg —. Llévase esta porquería inmediatamente, Voisenet. Podría haberla dejado fuera, en el patio. Vamos a tardar tres días en ventilar esto.

— ¿En el patio? ¿Para que me la mangaran?

— Hay que decir que impresiona, una morena — repitió Estalère.

Voisenet dirigió un ademán de agradecimiento al cabo. Rodeó la mesa y apagó la pantalla del ordenador con una pulsación rápida, casi furtiva. Abandonó el lugar, sin garbo — no tenía — pero con cierta gallardía, balanceando su pesado trofeo, dejando tras de sí a la panda de ignorantes de sus colegas. ¿Podía esperarse otra cosa de la pasma?

— Los demás, abran todas las ventanas — ordenó Adamsberg —. Venga, Froissy, pongamos el vídeo desde el principio.

— ¿Ha visto algo en las imágenes?

— Puede ser — mintió Adamsberg —. Espere, permítame un segundo.

Desconfiado, el comisario rodeó de nuevo la mesa de su colega ictiólogo. ¿Por qué Voisenet había apagado su pantalla

antes de salir? La encendió y apareció la última página consultada. No vio ni morenas ni notas de policía, sino la foto de una araña pequeña, parda, sin ningún interés aparente. Contrariado, recorrió una a una las páginas que había consultado en internet el teniente. Araña, araña, siempre la misma, artículos de zoología, distribución del hábitat en Francia, vida y costumbres alimentarias, peligrosidad, periodos reproductivos, y artículos de prensa recientes con titulares alarmistas: «¿Vuelve la araña reclusa? Un hombre mordido en Carcazona». «¿Hay que temer a la reclusa parda? Segunda víctima mortal en Orange».

Adamsberg volvió a poner el aparato en reposo. Froissy estaba esperando, elegante, erguida y delgada. Teniendo en cuenta la cantidad de alimentos que ingería —discretamente, creía ella—, impulsada por un indomable terror a la carestía, la perfección de su silueta era todo un enigma.

—Teniente —le dijo Adamsberg—, hágame una captura de lo que ha consultado Voisenet en las últimas tres semanas. Lo que hable de una araña.

—¿Qué araña?

—La reclusa. O la araña violinista. ¿La conoce usted?

—En absoluto.

—Las arañas no son su tema de investigación. Ya nos ha deleitado con sus charlas sobre las cornejas cenicientas, las cagadas de lirón y, no digamos, sobre los peces. Pero nunca sobre arañas. Me gustaría saber en qué páginas entra nuestro teniente.

—No es muy correcto hurgar en el ordenador de un compañero.

—No mucho. Pero quisiera verlo. ¿Podría transferir estos documentos a mi ordenador?

—Claro.

—Perfecto, Froissy. Y no deje rastro.

—Nunca dejo rastro. Y ¿qué debo responder a los colegas que me pregunten qué estoy haciendo con el ordenador de Voisenet?

- Diga que se le ha quejado de que le da error y que está aprovechando su ausencia para arreglarlo.
- Su mesa apesta una barbaridad.
- Lo sé, Froissy, lo sé.